

Mañana será otro día

Vaya por delante que todo mi tormento comenzó el día que conocí a un personaje que me cambiaría la vida: el señor Parkinson. Uno de esos que se presenta sin avisar y te hace esclavo de sus caprichos. Sí, estoy perdiendo la cabeza, pero no por amor... más quisiera. El caso es que a mis neuronas les ha dado por darse a la fuga.

Resignado a vivir con más dobleces que el prospecto de un ibuprofeno, planto caro cada mañana a un futuro que se antoja falto de motivación y sobrado de lastima por parte de aquellos que me rodean. Sí, a raíz de la enfermedad, me he dado cuenta de que hasta ahora mi entorno no ha sido más que compañía comprada. Cuando la jovialidad que me caracterizaba comenzó a dar muestras de flaqueza, todos aquellos que antaño me regalaban piropos huyeron, y con ellos, la empatía.

No estoy para nimiedades, por ello voy a enviar una oferta a la enfermedad que no va a poder rechazar. Con movilidad reducida y el correspondiente lamento muscular, doy el pistoletazo de salida a una carrera contra el tiempo en la que es seguro voy a salir derrotado. La primera parada: el inodoro. Tapa arriba y comienzan los problemas. Trato de sujetar mi virilidad con la firme intención de bañar la loza, pero no logro atinar. Una ridícula micción, sumada a una serie de convulsiones rítmicas, provocan una península de orina de la cual no se libran suelo y paredes.

Seguimos con la operativa, toca la confesión matutina: el espejo. Como de costumbre, la persona que tengo delante no me habla, mostrando la triste realidad. Bolsas en los ojos, ardor en las sienes, cara hinchada como un odre... No cabe discusión, doy pena. Tras unos instantes escudriñándonos mutuamente llegó a la conclusión de que estoy enfadado con él.

Próximo paso: la ducha. Con la velocidad del tedio me desnudó y corro la cortina, introduciéndome dentro de una bañera que, tiempo ha, presumía de un níveo brillar.

Ahora el mate amarillento ha colonizado el interior. Un giro al grifo y la lluvia helada comienza a resbalar por la piel con el consabido respingo. Insensibilizado por la baja temperatura me permito el lujo de desafiar al aguacero descansando los brazos en los azulejos que tengo delante. El chaparrón ya está bajo control mientras observo cómo el desagüe traga las impurezas que han dejado de asediarme.

Siguiente nivel. Secado rápido con una toalla cuya aspereza evidencia que no ha sido confeccionada en Portugal. A pesar de todo, luego de haber superado las primeras fases, me topó con un nuevo contrincante a batir: la báscula. Un reto que afronto con valentía. Dejó caer la toalla para que mi cuerpo desnudo se suba a la máquina de la verdad a la espera de un veredicto numérico.

La sentencia no me agrada, he perdido tres kilos en el último mes.

Un cepillado generoso, echando mano de dentífrico y colutorio, para mirarme los dientes con gesto de fiera y el correspondiente cambio de aliento, pensando en el prójimo, ya es un hecho. El sabor a mentol me coloca de nuevo en la carrera, retomando el proceso de restauración donde lo había dejado. Convencido de que en el mundo solo existen hombres feos y los que se depilan, me dispongo a dibujarme el rostro con potingues varios.

—Bi-en, bien.... Eres el me-mejor.

Un aspecto que no puedo pasar por alto. Uno de los principales síntomas de mi padecimiento es la dificultad para verbalizar. Acostumbrado a hablar solo, derecho heredado al nacer, pues soy hijo único, no se pueden ustedes hacer una idea lo que supone juntar sujetos y predicados tratando de evitar patinar en las sílabas. También me ha afectado en la escritura; ahora mi caligrafía es diminuta y se asemeja más a los reglones torcidos de un Dios con el que hace tiempo no coincido.

Encaro de nuevo el espejo barriendo el vaho con la palma de la mano, demostrando a mi gemelo que estaba equivocado. Si pudiera expresarme con libertad de movimientos

me cachondearía de él con una sonrisa de oreja a oreja, o incluso con un sensual guiño, empero eso es algo que doy por descartado ya que, hace pocos días, los párpados me juegan malas pasadas conjurados con una serie de tics que provocan la risa floja de todo aquel que me hace frente.

Deportivas, un vaquero roto y la no menos llamativa camiseta a juego me premian con un nuevo *look*, recordándome que desnudo quizás decepciono, pero vestido engaño.

Decidido, más que nunca, me acerco a la cómoda de la habitación con la firme intención de hacerme con mi joya más preciada: el arma reglamentaria. Fiel hasta las últimas consecuencias, siempre se ha mantenido a mi lado; incluso cuando la depresión y la ausencia de sueño me invitaron a aceptar un retiro forzoso que no merecía. En su momento fui policía nacional, antidisturbios para más INRI, de los que reparten goma a los de abajo y sufren las críticas de los de arriba.

Abro el cajón, a la par que observo cómo los dedos pulgar e índice aplauden sin cesar en un baile marcado por las sacudidas de la muñeca: el temblor de la píldora, lo llaman.

El caso es que no es la primera que lo intento. Siempre me faltó coraje y me sobraron remordimientos. Lástima que cuando tenía todo preparado surgía algún impedimento que lo evitaba: que si los humos del horno no subían, que si la sogá de la sábana no resistía, o la vecina de al lado pidiendo sal. Ganas me dieron de poner un anuncio y contratar a alguien para que me hiciera el favor.

Como entiendo de armamento sé cuál va a ser el resultado de mi despedida. Más de cien mil reacciones químicas en el cerebro se van a producir en un instante, reduciendo sus cuatro *terabytes* de capacidad a la mitad. Los impulsos nerviosos, a noventa metros por segundo, no serán lo suficientemente rápidos para generar dolor. Los músculos de la mandíbula, los más fuertes del cuerpo humano, se descolgarán como por arte de magia junto con trozos de nariz que ya nunca volverán a sujetar unas gafas. Puede que el proyectil, con la firme intención de repartir muerte, quede alojado en el interior de la

cabeza pero, caprichos de la criminología, es muy probable que se muestre díscolo y revoltoso para salir por el lado trasero del cráneo, motivo por el cual un aluvión de sesos se hará presente para maldición de quien tenga que limpiarlos más adelante.

Abro la boca, en toda su extensión, introduciendo el cañón hasta lo más profundo. El sabor a hierro y la mirilla rozando el paladar confirman lo inevitable: pronto dejaré de engrosar la lista de los dependientes. La firmeza no me acompaña, así que sujeto la pistola con ambas manos logrando que esta titubee lo menos posible. La yema del dedo comienza a perder color al tensarse sobre el gatillo cuando, de repente, el concurso de una llave en la cerradura de la puerta principal se lleva al traste todas mis expectativas.

—¡Papá, ya estoy en casa! ¡¿Está listo el desayuno?!

Mi hija, el amor de mi vida, regresa tras una noche de guardia en el hospital. Es doctora. Nada más ser consciente de la envergadura de mi enfermedad, tras los primeros síntomas, tomó una de las decisiones más importantes de su vida: cursó la especialidad de neurocirugía. Tal fue su entrega que se ha convertido en una de las profesionales más reputadas de la profesión y, gracias a sus cuidados, mi esperanza de vida se ha alargado.

No puedo hacerle ese feo. Sería un duro golpe que arrastraría de por vida. Aunque ya no soy el que era quizá todavía pueda servirle para algo.

Desisto. Retorno el revólver al lugar donde habitualmente duerme mientras cavilo...

«A lo mejor mañana, ¿quién sabe?...».

Con voz aletargada vocifero.

—¡Lo tienes en el microondas! ¡¿Has traído pañales?!

Miguel Andrés Calle